

EL TROMPO

SOBRE el cerro San Cristóbal la niebla había puesto una capota sucia que cubría la cruz de hierro. Una garúa de calabobos se cernía entre los árboles lavando las hojas, transformándose en un fango ligero y descendiendo hasta la tierra tomaba un color pardo. Las estatuas desnudas de la Alameda de los Descalzos, se chorreaban con el barro formado por el polvo acumulado en cada escorzo. Un policía, cubierto con un capote azul de vueltas rojas, daba unos pasos cansados entre las bancas desiertas, sin una sola pareja, dejando la estela fumosa de su cigarrillo. Al fondo, el convento de los frailes menores dejaba escapar por unos instantes, el canto triste de su campanita.

En esa tarde todo era opaco y silencioso. Los automóviles, los tranvías, los "colectivos", se esfumaban en la niebla gris-azulada y todos los ruidos parecían lejanos. A veces surgía la estridencia característica de los neumáticos rodando por el asfalto húmedo y sonoro y surgía también, pero triste, el silbido vagabundo de un

traseúnte invisible. Esta tarde se parecía a esa tarde del vals sentimental y huachafo que, hace muchos años, cantaban los currutacos de las tiorbas:

¡La tarde era triste,
la nieve caía.....!

Por la acera izquierda de la Alameda iba Chupitos y a su lado el cholo Feliciano Mayta. Chupitos era un zambito de diez años, con dos ojazos vivísimos sombreados por largas pestañas y una jeta burlona que siempre fruncía cuando, con la nariz solamente, volvía a aspirar lo que debía haber dejado en el pañuelo. Chupitos le llamaron desde que un día, hacia un año más o menos, sus amigos le encontraron en la puerta de la Botica de San Lázaro pidiendo:

—¡Despácheme esta receta!...

Uno de los amigos, Glicerio Carmona, le preguntó:

—¿Quién está enfermo en tu casa?

—Nadies. Soy yo, que me han salido unos chupitos...

Y con "Chupitos" quedó bautizado el mocosito q' ahorita iba con Feliciano, Glicerio Carmona, de



José Díez Canseco el brillante escritor de tantos cuentos inimitables y el admirador autor de "Estampas Mulatas" cuya segunda edición acaba de poner a la venta la editorial chilena "Zig-Zag", nos ofrece el hermoso cuento "El Trompo" que en estas páginas insertamos.

unos diez años, el Bizco Nicasio, Faustino Zapata y Ricardo, el gran Ricardo el famoso Ricardo, que cada vez que entraba a un cafetín japonés a comprar un afajor salía, nadie sabía cómo, con dulces y bizcochos para todo el mundo:

—¡Pestaña qui'uno tiene, compadre!

Cuento Criollo
POR
José Díez
Canseco
para EXCELSIOR

Gran pestaña, famosa pestaña, que un día le falló desgraciadamente, como falla siempre, y que le costó una noche enterita en la comisaría, de donde salió con el orgullo inmenso de qu'en tiene experiencia carcelera que él sintetizaba en una frase que leyó una vez en una crónica criminal:

—Yo soy un avesao en la senda del crimen...

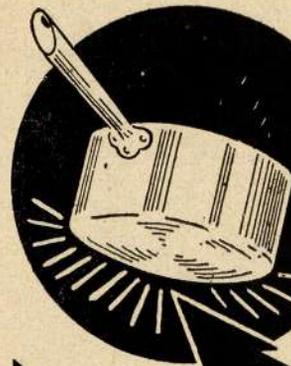
El grupo iba en silencio. El día anterior Chupitos había perdido su trompo jugando a la "cocina" con Glicerio Carmona, un juego infame y taimado sin gallardía de destreza, sin arrogancia de fuerza. Un juego que consiste en ir empujando el trompo contrario hasta meterlo en un círculo, en la "cocina" en donde el perdidoso se quema sin remisión y el trompo "cocinado" pasa a ser propiedad del cocinero.

¿Quién inventaría la cocina? Los jugadores tienen que medir su habilidad disparando cada uno

c e r v e z a

CRISTAL

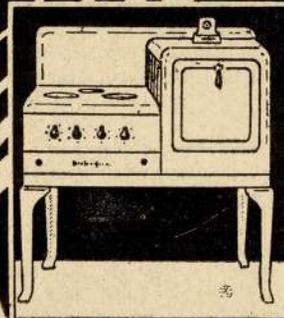
Refresca . . . Reconforta



Las Cacerolas,
Ollas, Sartenes y
demás utensilios
de cocina, quedan
tan limpios y bri-
llantes como antes
de usarse si se em-
plea

COCINA ELECTRICA

y además
no se destruyen
como sucede
cuando se emplea
otro tipo de cocina
que produce lla-
ma, hollin y humo



una babita que se ha escupido previamente para saber cuál es el prima y el orden del resto de los jugadores. Luego, si el prima quiere, manda la famosa cocina que consiste en dos círculos, separados dos o tres metros uno de otro, y en un punto equidistante tiene que chantar su trompo quien más lejos quedó de la babita. Luego, todos por su orden, hacen bailar sus respectivos trompos y, por orden, van empujando al chantado que pierde su juguete a manos de quien lo cocine. Sólo que si uno de los jugadores se quema, es decir, permite que su trompo roce al bailar al chantado, éste se levanta para que se chante el que se quemó. ¡Un juego de mucha habilidad!

Chupitos andaba medio tibia por haber perdido su trompo el día anterior. Le había costado veinte centavos y era de naranjo. Con esa ciencia sutil y maravillosa que sólo poseen los iniciados en este juego, Chupitos había acicalado su trompo así como su padre acicalaba sus ajiseos y sus giros, sus cenizos y sus carmelos, todos esos gallos que eran su mayor orgullo. Así como a los gallos se les corta la cresta para que el enemigo no pueda prenderse de ella y patear luego a su antojo, así Chupitos le cortó la cabeza a su trompo, una especie de perilla que no servía para nada. Luego lo fué puliendo, nivelándolo y

dándole cera para hacerle lo más resbaladizo y cambió su innoble púa de garbanzo, una púa roma y cobarde, por la púa de clavo, afilada y brillante como una de las navajas que su padre amarraba a la pata de sus pollos peleadores.

Aquel trompo era su orgullo. Certero en la chuzada, siempre había sido el prima y, por consiguiente, jamás ordenó cocina, ese juego zafio de empujones. ¡Eso nunca! Con los trompos se juega a los quiñes, a rajar al chantado y a sacarle unas lonjas que había que ver. ¡Cuántas veces su trompo, disparado con toda su fuerza infantil, había partido en dos al otro que enseñaba sus entrañas compactas de madera! Y cómo se ufanaba de su hazaña Chupitos con una media sonrisa pero sin permitirse jamás la risotada que humillase sin motivo al perdedor.

—Los hombres cuando ganan, ganan. Y ya'stá.

Nunca se permitió una burla. Apenas la sonrisa presuntuosa que delataba el orgullo de su sabiduría en el juego y, como la cosa más natural del mundo, volver a chuzar para que otro trompo se chantase y abrirlo en dos partes con la infalibilidad de su destreza. Sólo que el día anterior, sin que él se lo pudiese explicar a este instante, cayó detrás de Carmona. ¡Cosas de la vida! Lo cierto es que tuvo que chantarse y el

otro, sin poder disimular su codicia, ordenó rápidamente por las ganas que le tenía al trompo reluciente de Chupitos:

—¡Cocina!

—¡Yo no juego cocina! Si quieres, a los quiñes....

En el grupo la rebelión de Chupitos causó estupor inenarrable. ¿Desde cuándo un chantado se atrevía a discutir el juego? El gran Ricardo, mientras enhuaracaba su trompo y con la cabeza baja, murmuró:

—Tú sabes, Chupitos, qué le manda, manda. Así es la ley.

Chupitos, claro está, ignoraba que no siempre la ley es la justicia y viendo la desaprobación de la tira de sus amigotes no tuvo más remedio que arrojar su trompo entre los dos círculos y arrimarse luego a la pared con la huaraca enrollada en la mano. ¡Ah, de fijo que le quitaban su trompo! Todos aquellos compañeros sabían lo suficiente para no quemarse y el arma de su orgullo iría a parar al fin en la cocina odiosa, en esa cocina con que la avaricia y la cobardía de Carmona querían apoderarse del trozo de naranjo torneado, en que el zambito fincaba su viril complacencia y la certidumbre de su fuerza. Y sin decirlo naturalmente, sin pronunciar las palabras en voz alta, Chupitos requintó espantosamente a Carmona, mentándole la madre.

Los golpes se fueron sucediendo y sucediendo hasta que, al fin, el grito de júbilo de Carmona anunció el final del juego:

—¡Ya's mío!

Si, ya era suyo y no había poder humano que se lo arrebatase. Suyo, pero muy suyo, sin apelación posible, por la pericia mafiosa de su juego. Y todos los amigos le envidiaron el trompo que el otro enseñaba en la mano y exclamando:

—Ya no juego más...

II

PERO qué mala pata, Chupitos! Desde chiquitito, la cosa, había sido de una pata espantosa. El día que nació, en el Callejón de Nuestra Señora de la Esperanza, una vecina había dejado su plancha ardiente encima de la tabla, se quemó un trapo y el fuego se fué por las paredes empapeladas con carátulas de revistas y casi se quema todo el callejón. La madre tuvo que salir cargada en brazos del marido y una hermana de éste alzó con el chiquillo, teniendo que entregarlo a otra vecina para que lo lactara, no fuera que el susto de la madre se le pasara al muchacho. Luego fué creciendo en un ambiente "sumamente peliador", como decía él, para explicar esa su pasión por las trompeaduras. ¿Que pasaba? Que la señora ha-

bía salido un poco volandusa, según la severa y acaso exagerada opinión de la cuñada, porque volandusería era, de veras, eso de demorarse dos horas en la plaza del mercado y llegar a la casa, a los dos cuartos del callejón humilde, toda sofocada pregurtando por el marido.

Hasta que un día se armó la de Dios es Cristo y mueran los moros y vivan los cristianos. Chupitos tenía ya siete años y se acordaba de todo. ¡Si apenas hacía tres de la pelea! Pues sucedió que un día su mamá llegó como a las ocho de la noche. La carapulcra se enfriaba en la olla sobre el brasero con los tizonos ya apagados. Llegó con una oreja muy colorada y el pelo revuelto mal arreglado. El marido hizo la pregunta más natural:

—¿Aonde has estao? La comida tá fria y yo... ¡espera que t'espera! A ver, vamos a ver...

Y torpemente sin poder urdir una mentira, la clásica mentira que se impone en estos casos, la zamba había respondido rabiosamente:

—¡Caramba! Ni que juera una criminal...

—Yo no te digo que tú eres una criminal. Lo que quiero saber es aonde has estao. Nada más.

—En la esquina.

—¿En la esquina? ¿Y qui'acías en la esquina?

—Estaba con Juana Rosa...

Y dándose media vuelta se fué a avivar los tizonos y a recalentar la carapulcra.

Aquella noche comieron en silencio. Chupitos no se atrevía a levantar las narices de su plato y el padre apuraba, uno tras otro, largos vasos de vino. Al terminar, el zambo se lió la bufanda al cuello, se terció la gorra sobre una oreja y prendiendo un cigarrillo salió dando un portazo. La mujer no dijo ni chús ni más. Vió salir al marido y adivinó a donde iba: ¡a hablar con Juana Rosa! Y, entonces, sin reflexionar en la locura que iba a cometer, se envolvió en el pañolón, ató en una frazada unas cuantas ropas y salió también de estampida dejando al hijo, al pobre Chupitos, que de puro susto se tragaba unas lágrimas que, sin saber por qué, le desbordaban los ojos ingenuos. A media noche regresó el marido borracho hasta las cangallas, abrió la puerta de una patada y rabió la llamada:

—¿Aurora?..

Le respondió el llanto del hijo: Se jue, papacito, se jue...

—¡Ah, se jue! Si tenía la conciencia más negra que su cara...

¡Con Juana Rosa! ¡Yo le vo'a dar Juana Rosa!

Tenía razón su hermana: su mujer era una volandusa.... No había nada que hacer. Es decir, sí, si había que hacer: romperle la cara a quien tan malamente le

ofendiera. Allá, no más, en la esquina, se lo habían contado todo, zambos al fin y por ende chismosos, y ya sabía lo que mejor hubiese ignorado siempre: esa oreja enrojecida, ese pelo revuelto no era si no el resultado de la rabia del amante que la zamaqueó rudamente por sabe Dios, o el diablo, qué discusión, sinvergüenza. Ah, no sólo lo había engañado sino que, además, había otro hombre, a más de él, que tenía el derecho de asentarle la mano.... No, si los dos tenían que saber quién era Demetrio Velásquez... ¡Claro que lo iban a saber!

Y lo supieron. Durante quince días estuvo Demetrio preso por la paliza que propinara a los embusteros y quien, en buena cuenta, venía a pagar el pato era el pobre Chupitos que se quedó sin madre y con el padre preso, mal consolado por la hospitalidad de la tía, de la hermana de Demetrio, que todo el día no hacía sino hablar de Aurora:

—Zamba más sinvergüenza... ¡Jesús!

Cuando el padre regresó de la prisión, Chupitos le preguntó liorando:

—¿Y mi mamá?

El zambo arrugó el entrecejo.

—Ya no tienes mamá. No llores. Me se murió a mí y a tí, ¿entiendes?

El muchacho le miraba asombrado, sin entender, sin querer en-

tender, con una pena y con un estupor que le dolía malamente en su alma huérfana. Luego se atrevió:

—¿Se murió de veras?

Tardó unos instantes el padre en responder. Luego, bajando la cabeza, apretándose las manos, murmuró sordamente:

—De veras. Mujeres con quiñes, como si jueran trompos, ¡ni de vainas!...

III

FUE la primera lección que aprendió Chupitos en su vida: mujeres con quiñes, como si fueran trompos, ¡ni de vainas! Luego los trompos tampoco debían tener quiñes... No, nada de lo que un hombre posee, mujer o trompo, —juguetes, —debía estar maculado por nadie ni por nada. Que si el hombre pone toda su complacencia y todo su orgullo en la compañera o en el juego, nadie ni nada puede ganarle la mano. Así es la cosa y no puede ser de otra manera. Esa es la dura ley de los hombres y la justicia dura de la vida.

Y no lo olvidó nunca. Tres años pasaron desde que el muchacho se quedara sin madre y en esos tres años, sin más compañía que el padre, se fué haciendo hombre, es decir, fué aprendiendo a luchar solo, a enfrentarse con sus propios conflictos y a resolverlos por la su-

Compañía de Seguros "Rímac"

FUNDADA EN 1896

Capital y Reservas \$/o 5.247.019.89

A SE G U R A :

CONTRA INCENDIO

SOBRE LA VIDA

RIESGOS MARÍTIMOS

ACCIDENTES DE AUTOMOVILES

ACCIDENTES DEL TRABAJO

FIANZA DE EMPLEADOS

LUCRO CESANTE

ALQUILERES DE FINCAS CON

ADMINISTRACION DE LAS MISMAS.

— OFICINAS —

Jirón Carabaya (Coca) Nos.: 471, 479, 483
y 493

Teléfonos Nos.: 30145 - 30899 y 31540

L I M A

A. L. Bayly & Co. S. A.

Fabricantes de todos

los tipos de

Jabón Pepita

Casilla 75 - Tel. 35110

LIMA

BANCO CENTRAL DE RESERVA DEL PERU

DIRECTORIO

J. FERNANDO GAZZANI
Presidente

CLEMENTE DE ALTHAUS
Vice Presidente y Gerente General

DIRECTORES

**PEDRO CASO — FRANCISCO ECHENIQUE — JULIO EGO AGUIRRE — J. FERNANDO GAZZANI — AUGUSTO MAURER — LUIS MONTERO Y TIRADO
CARLOS PALACIOS VILLACAMPA — GINO SALOCCHI — HENRY STENNING
FERNANDO WIESE**

ALCIDES VELARDE
Sub-Gerente Secretario

ALFONSO CISNEROS
Sub-Gerente Contralor

OSCAR F. ARRUS
Jefe de la Oficina de Estudios Económicos

tilieza de su ingenio criollo y por la pujanza viril de sus puños palomillas. En las tiendas de gallos, mientras él sostenía al matungo que servía de cebo a los pollos todavía poco diestros, aprendió ese arte peligroso de saber pelear, de saber agredir sin peligro y de pegar primero siempre.

Y ahora tenía que resolver la dura cuestión que le planteaba la codicia del cholo Carmona que se había llevado su trompo en ese juego zafio. Aquella misma tarde de la derrota regresó a la casa. A la hora de la comida, después de que su padre, felizmente, alabara, el ajíaco de caiguas que su tía había hecho, Chupitos se atrevió:

—Papá, regálame treinta centavos, ¿Quiere?

—¿Pa qué?

—Me ganaron mi trompo y tengo que comprarme otro...

—¿Y pa qué te lo dejastes ganar?

—¿Y qu'iba'acer?

—¡No dejártelo ganar!

—Jue Carmona, papá, que mandó cocina y como tuve que chantarme.... Déme los treinta chuyos, ¿quiere?.....

En la expresión y en la voz de Chupitos el padre advirtió algo inusitado: una emoción en que se mezclaba la tristeza de una virilidad humillada y la rabia apremiante de una venganza por cumplir. Se metió, entonces, la mano al bolsillo y sacó dos reales y dos medios:

—Cuidao que te ganen otro.

El muchacho no respondió. Después de echar cuatro cucharadas de azúcar en la taza de té, fué bebiendo y resoplando porque la infusión estaba hirviendo.

—¡Caray con el muchacho! ¡Te vas a sancochar el hocico!— exclamó la tía.

El chiquillo sin responder bebía y bebía. Al terminar volvió a resoplar, se pasó el dorso de la mano por los labios gruesos y salió corriendo.

—¿Aonde vas?

—¡A la chingana'e la esquina! Llegó acezando a la pulpería del chino quien, impasiblemente, despachaba a la luz amarilla del candil de kerosene hasta que el muchacho intervino:

—¡Oye dam'ese trompo!

Y señalaba uno, más chico que el anterior, pero también de naranjo con su petulante cabecita y su vergonzante púa de garbanzo. Pagó los veinte centavos y compró un pedazo de lija con que pulir el arma que le recuperase al día siguiente el trompo que fué su orgullo y la envidia de toda la tira del barrio.

Por la mañana se levantó temprano y temprano se fué al corral. Allí escogió un clavo y comenzó toda la larga operación de transformar el pacífico juguete en un arma de combate. Le quitó la púa roma y con el serrucho más fino que el padre empleaba para cortar las estacas de sus gallos, le cortó la cabeza inútil. Luego, con la lija, pulió el lomo y fué bastando el contorno para hacerlo resbaladizo. Ods horas se estuvo afilando el clavo para hacer la máspeligrosa de las púas, como las navajas de los gallos y, cuando terminó, le robó a su tía un, cabito de vela para encerarlo y hacerlo casi invulnerable. Luego, lenitamente, lo enrolló con la huaraca, la fina cuerda bien manosea-

da, escupió una babita y lanzó el trompo que cayó en el centro de la señal. Y al levantarlo, girando como una sedita, sin una sola vibración, vió con orgullo cómo la púa de clavo le hacía sangrar la palma rosada de la mano morena:

—¡Ya'stá! ¡Ahora v'a ver el negro ese de Glicerio!....

IV

¡La tarde era triste, la nieve caía...!

EN Lima, a Dios gracias, no hay nieve que caiga ni ha caído nunca. Apenas esa garúa de calabobos, como dije al principio de este relato, chorreando su fanguito de las hojas de los ficus y de los eucaliptos, morenizando el marmol de las estatuas que ornan la Alameda de los Descalzos. Allí iban los amigos del barrio a chuzar esa partida en que Chupitos ponía todo su orgullo. Al principio, cuando Mayta, por sugerencia del zambito, propuso, más que el juego, la pelea de los trompos, el propio Chupitos opinó que con esa tarde, medio lluviosa, la tierra estaría mojada y así no se podía jugar. Como lo había presumido. Carmona encrespó su vanidad murmurando:

—Lo que tienes es miedo de que te quite otro trompo.....

—¿Yo? ¿Miedo? No seas.....

—Entonce, ¿vamos?

—¡Vamos!

Al fin llegaron al camino que conduce a la Pampa de Amancaes que todavía tiene, felizmente, tierra para que jueguen los palomi-

llas y Carmona se apresuró a escupir la babita alrededor de la cual todos formaron un círculo. Mayta disparó su trompo primero, luego Ricardo, después Faustino Zapata. Carmona midió la distancia con la piola, adelantó el pie derecho, enhuaracó con calma y disparó. Sólo que fué carrera de caballo y parada de borrico, porque cayó el último. Chupitos disparó a su vez e, inexplicablemente, su púa se hincó detrás de la marca de Ricardo quien resultaba el prima. Desgraciadamente, así, en público, el muchacho no pudo sugerirle que mandase la cocina con que habría recuperado su trompo y Ricardo mandó:

—¡Quiñes!

El trompo de Carmona, ese trompo que había sido de Chupitos, se chantó ignominiosamente. En sus manos, ¡jamás se habría chantado! Y ahora estaba allí, inerte y estúpido, esperando que las púas de los otros trompos se cebaran en su noble madera de naranjo. Y los golpes fueron llegando: Mayta le sacó una lonja y Faustino le hizo dos quiñes profundos. Hasta que al fin le llegó el turno a Chupitos. ¿Qué haría?

¡Los trompos con quiñes, como las mujeres, ni de vainas!... Nunca sería el suyo ese trompo malamente estropeado ahora por la ley del juego que tanto se parece a la ley de la vida..... Lenta, parsimoniosamente, Chupitos comenzó a enhuaracar su trompo para poner fin a esa vergüenza. Ajustó bien la piola y pasó por la púa el pulgar y el índice mojados con saliva; midió la distancia, alzó el bracingo sobre su cabeza y disparó poniendo en el golpe toda su alma.